

LULA EN EL LABERINTO

La reelección de Luiz Inácio «Lula» da Silva en octubre de 2006 nos da pie para analizar cómo se ha reconstituido el panorama político de Brasil bajo el gobierno del Partido dos Trabalhadores (PT). El torbellino de la desregulación, privatización y reestructuración con Fernando Henrique Cardoso durante la década de 1990 –y con él la disolución de la clase obrera industrial creada durante la era desarrollista– trastrocó todas las relaciones establecidas entre economía y política, clases y representación. El resultado fue un período de indeterminación, contexto en el que Lula obtuvo su primera victoria presidencial en 2002. Desde entonces una nueva combinación entre neopopulismo y estatización del partido, apuntalada mediante dádivas social-liberales, por un lado, y la corrupción del gobierno, por otro, ha contribuido a forjar una nueva forma de dominio de clase en Brasil que se podría caracterizar como «hegemonía invertida».

En lo que sigue examinaré la sobredeterminación de los resultados de la «época de indeterminación» por la exposición intensiva a las relaciones impuestas por el capital global; pero antes permítaseme un breve comentario sobre las elecciones de 2006. Aunque en Brasil el voto es obligatorio, el 23 por 100 del electorado no acudió a las urnas, mientras que otro 8 por 100 introdujo en ellas votos nulos o en blanco. Esto significa que el 31 por 100 de los votantes, o no estaban interesados, o no podían decidirse a votar por ningún candidato. Es el nivel más alto de indiferencia electoral en la reciente historia de Brasil. Ese desinterés era muy evidente en las calles: no había excitación, ni una sola pancarta del PT ni de ningún otro partido, ninguna movilización. La mayoría de los votantes cumplieron aquel domingo con su deber cívico con cierta impaciencia y muchos se fueron directamente a la playa.

Los resultados de la primera vuelta de las elecciones presidenciales le dieron a Lula un susto el 1 de octubre. Pese a los escándalos de corrupción que han acosado a su gobierno durante los dos últimos años esperaba obtener directamente la mayoría, por lo que durante la campaña se mostró condescendiente, por no decir arrogante, negándose a debatir

con los demás candidatos. Pero obtuvo solamente el 48,6 por 100 de los votos, mientras que Geraldo Alckmin, su rival del PSDB (Partido da Social Democracia Brasileira), de centro-derecha, recogió el 41,6 por 100, y Heloísa Helena, del Frente de Esquerda –una coalición entre el PSOL (escisión de izquierdas del PT), el PSTU, el PCB y Consulta Popular–, alcanzaba un poco menos del 7 por 100, alrededor de 6,5 millones de votos. En esa primera ronda Lula se distanció deliberadamente del Partido dos Trabalhadores. Ahora, viendo amenazada la posibilidad de su reelección, un Lula visiblemente trastornado y sus asesores apelaron al PT y a los sectores de la izquierda fuera de él. La campaña de Lula se basó en atribuir a Alckmin la intención de proseguir el aborrecido programa de privatizaciones del anterior presidente del PSDB, Fernando Henrique Cardoso.

Alckmin era, sin duda, el contrincante perfecto para Lula: poco conocido fuera de São Paulo, con el aspecto malhumorado y desagradable de un oligarca y fuerte reputación de *paulista*, lo que resulta un serio inconveniente en Brasil. No tenía ningún mensaje que ofrecer y se desenvolvía muy mal en televisión. Más difícil de explicar es por qué el *tucano*¹ Alckmin obtuvo tantos votos en la primera ronda y por qué, en una caída sin precedentes, perdió más de 2 millones de votos en la segunda, bajando al 39 por 100 el 29 de octubre. Las explicaciones más corrientes del 61 por 100 para Lula en la segunda vuelta aluden a la influencia de la Bolsa Família, un subsidio de bienestar iniciado por Cardoso pero ampliado por el PT. En el empobrecido nordeste, la región que recibe en mayor proporción la Bolsa Família, Lula obtuvo más del 70 por 100 de los votos. En su primera entrevista después de conocerse los resultados finales, el reelegido presidente se quejó amargamente de no haber sido votado por los ricos, indicando que los banqueros nunca han ganado tanto dinero como con su gobierno, y llegó a describir las elecciones como un triunfo de los pobres y los «de abajo». Ésta fue también la interpretación generalmente aceptada por la prensa extranjera: el país se había escindido entre ricos y pobres y los pobres habían ganado. Pero esto no explica el gran número de votos obtenidos por Alckmin en la primera vuelta; difícilmente cabe calificar a más del 40 por 100 del electorado como ricos, como si Brasil se hubiera transformado en un país del Primer Mundo.

En las elecciones para cubrir los puestos de gobernador de cada Estado, celebradas también el 1 de octubre, hubo buenas noticias en Maranhão y Bahía, donde caciques en otro tiempo invencibles vieron cómo sus candidatos mordían el polvo. El PT cuenta actualmente con cuatro gobernadores, aunque Bahía es el único Estado políticamente importante de esa constelación. En general, no obstante, la contienda electoral se caracteri-

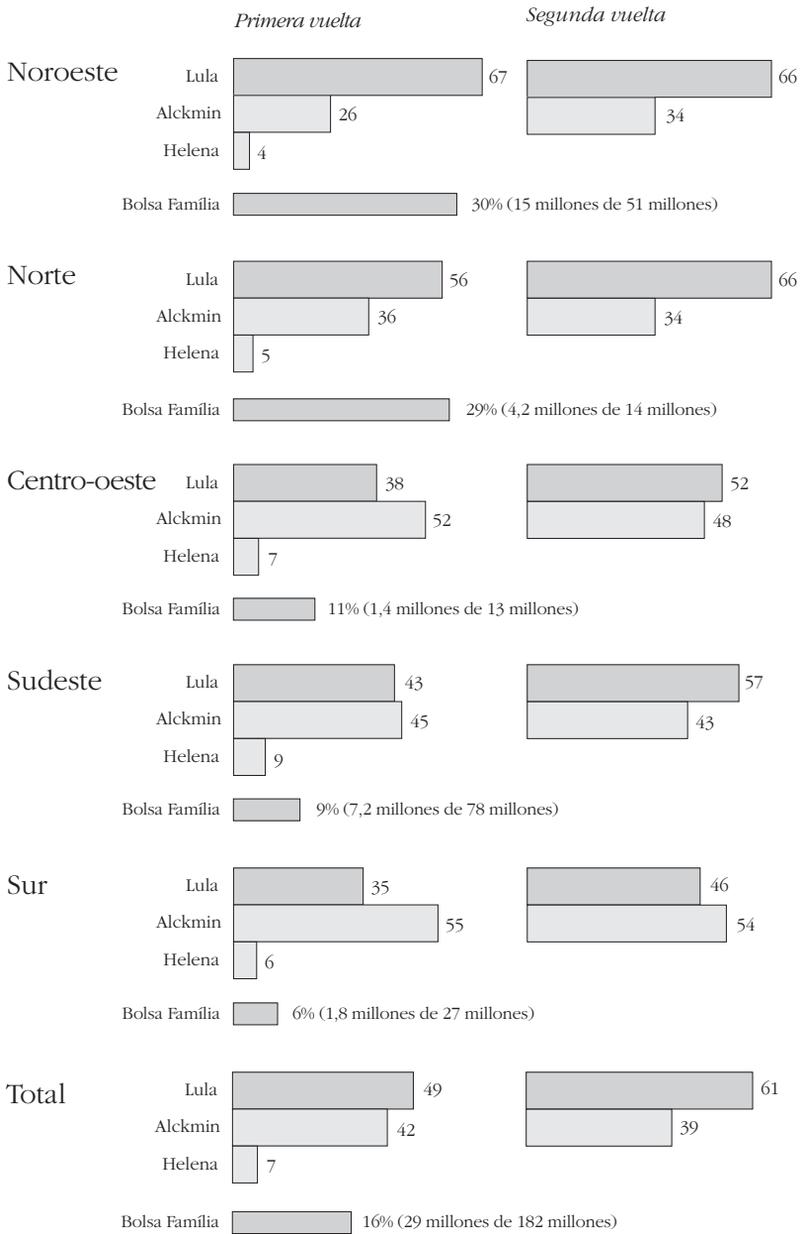
¹ El emblema del PSDB es un tucán, un ave famosa por su gran pico y su desmañado estilo de vuelo.

zó por una mezcla abigarrada de alianzas y coaliciones, en la que políticos de orientaciones ideológicas supuestamente incompatibles compartían lista y la traición abierta a las siglas del partido era la regla general. El gobernador de Mato Grosso, miembro del Partido Popular Socialista, que es el heredero del viejo Partido Comunista Brasileiro, y que también resulta ser el mayor cultivador de soja del mundo, apoyó abiertamente a Lula, mientras que el PPS, que actualmente agoniza por no haber conseguido superar la barrera del 5 por 100, apoyó a Alckmin². Esto parece retrotraernos a la pauta tradicional de la política en Brasil, y más en general en los países periféricos, donde los partidos representan poco y el poder se centra sobre todo en las personalidades. Desde finales de la década de 1970 y durante la de 1980, la «época de los inventos» políticos en Brasil, la creación del PT había revalidado el valor y eficacia del partido de masas en el campo de fuerzas nacionales; ese período parece estar concluyendo ahora.

Los resultados en el Congreso de las elecciones del 1 de octubre también desmienten el estrepitoso éxito en segunda vuelta de las elecciones presidenciales. El PLF (Partido da Frente Liberal), de derechas, aunque ha sido ruidosamente derrotado en Bahia y Maranhão, sigue siendo el grupo más representado en el Senado, mientras en la Cámara de Diputados el PMDB (Partido do Movimento Democrático Brasileiro), antiguo cobijo compartido por toda la oposición durante la dictadura militar de 1964-1984, cuenta con el mayor número de escaños, siendo ahora un partido clásico de caciques regionales carente de la menor unidad programática, que significativamente no ha logrado presentar un candidato a la presidencia ni siquiera en alianza con el PT o el PSDB. El PT sigue disponiendo del segundo grupo más numeroso de la Cámara, pero por primera vez ha visto reducirse el número de sus diputados. Lula ha establecido un acuerdo con el PMDB que le concederá una mayoría sustancial en el Congreso, pero el gobierno será más débil que durante su primer mandato y el coste del apoyo más alto en cuanto a nombramientos para puestos ministeriales y en las importantes instituciones federales. La posibilidad de que se produzcan acusaciones de corrupción no se ha zanjado, aunque puede que el gobierno sea más cuidadoso ahora.

² Para entrar a formar parte de la Cámara Federal de Diputados un partido tiene que superar el 5 por 100 de los votos en diez o más de los veintisiete Estados de Brasil.

Figura 1: 2006 Resultados electorales agrupados regionalmente;
% de los receptores de la Bolsa Família



Fuente: *Financial Times*, 7-8 de octubre de 2006 y cifras del Gobierno brasileño.



Pasada la primera vuelta de las elecciones, en octubre pareció durante unas semanas que el espacio de la izquierda había crecido –yo mismo voté por Lula en la segunda vuelta con esa esperanza– dado el número de votos obtenidos por Helena y el giro verbal de Lula hacia la izquierda, pero esa ilusión quedó pronto desmentida. Los pocos que se habían pronunciado en favor de un cambio en la política económica –como Tarso Genro, ideólogo del partido y ministro de Relaciones Institucionales, y Dilma Rousseff, la poderosa jefa de la Casa Civil de Lula–, fueron inmediatamente reprendidos nada menos que por el propio presidente reelecto. Las primeras declaraciones de Lula tras su reelección fueron para reafirmar su agenda económica, manteniendo a Henrique Meirelles en el Banco Central y defendiendo la trayectoria de su antiguo ministro de Ha-

cienda Antonio Palocci, destituido en marzo de 2006 y ahora rehabilitado. Lula parece desorientado. Entre los posibles nombres que mencionó para su gabinete estaba Jorge Gerdau Johannpeter, propietario del mayor complejo metalúrgico del país y con fama de reaccionario en los círculos empresariales. Se ha generalizado el escepticismo con respecto al segundo mandato; nadie espera cambios significativos en la política gubernamental. Se ampliará el programa Bolsa Família, quizá se desviará el cauce del río São Fernando en beneficio de los Estados del noreste más perjudicados por las sequías y se iniciarán algunas obras de infraestructura; pero la cosa no irá más allá.

La época de la indeterminación

En un artículo anterior caractericé la formación social nacida de las mutaciones en la economía industrializada semiperiférica brasileña bajo las presiones de la globalización capitalista, la privatización y la tercera revolución industrial (molecular-digital), como un ornitorrinco: en parte mamífero y en parte ave³. Esa criatura combina la dependencia del exterior con el empleo precarizado, la acumulación truncada con un orden social perpetuamente desigual; pese a treinta años de democratización, su nivel de conciencia sigue siendo dudoso. Entre sus rasgos más notorios está una nueva clase social, definida por su acceso a los fondos públicos y su control sobre ellos. Un ala de esta clase consiste en la capa superior de los dirigentes obreros surgidos durante el movimiento autónomo de las décadas de 1970 y 1980. Aunque aquel movimiento quedó casi aniquilado por la reestructuración de la década de 1990, sus líderes nombrados como «representantes de los trabajadores» en las juntas de los fondos de pensiones se convirtieron, en virtud de sus puestos, en importantes agentes en las finanzas brasileñas; su tarea consistía ahora en facilitar los despidos, liquidaciones y cierres, en busca de mayores beneficios para sus inversiones. Hoy día los principales inversores institucionales son los fondos Previ, Eletros, Sistel, Petros, Portus, Funcef y otros cuyos nombres indican la empresa o sector donde surgieron; tienen gran peso en el mercado de valores y han desempeñado un papel decisivo en la especificación de los parámetros de las privatizaciones de los activos públicos. Mucho antes de 2002 esa capa de gestores de fondos había cristalizado dentro del núcleo dirigente del Partido dos Trabalhadores.

La cooptación de los dirigentes obreros se vio acompañada por una grave erosión de su base. Entre 1980 y 1999 se perdieron 3,2 millones de puestos de trabajo asalariado, 2 millones de ellos en el sector industrial. El número de parados pasó de 1,8 millones a 7,6 millones, y la tasa de

³ Véanse «El ornitorrinco» en *NLR* 24 (noviembre-diciembre 2004), pp. 37-53 de la ed. cast., y también «O Momento Lênin», *Novos Estudos* del Centro Brasileiro de Análise e Planejamento, n.º 75 (julio 2006).

desempleo del 3 al 9,6 por 100 de la población económicamente activa. Por otra parte, cuatro de cada cinco empleos creados durante la década de 1990, extremadamente precarios y mal remunerados, lo fueron en lo que anacrónicamente se llama el «sector informal»⁴. La reestructuración de los procesos de producción dio lugar a una nueva forma de subjetividad, corroyendo la perspectiva de la solidaridad de clase y la autoidentificación colectiva mantenida en otro tiempo por un fordismo periférico y precario e inculcando en su lugar la competencia individual⁵. Estos procesos de trabajo atomizados dan lugar a un nuevo universo en el que los sindicatos no saben todavía cómo funcionar. Además, alrededor del 40 por 100 de los trabajadores están en empleos informales, sin un ápice de regulación, mientras que más del 10 por 100 se hallan directamente desempleados, siendo la tasa entre los trabajadores urbanos, calculada por un instituto de investigación de los sindicatos, más del doble⁶. ¿Qué clase social podría aguantar tal huracán?

La principal paradoja de la presidencia de Lula es que ha coincidido con la desorganización más profunda de su clase, el rasgo principal de la época de la indeterminación. La campaña para las elecciones de 2002 siguió una trayectoria errática, incluso aleatoria, que ponía de manifiesto la incierta naturaleza de la coyuntura política: el apoyo a los candidatos crecía o desaparecía casi al azar. Ninguno de los políticos tradicionales parecía capaz de hallar una gramática o código discursivo capaz de descifrar la situación ni de traducirla en términos conocidos de interés o ideología. En aquel contexto se vio como un golpe maestro que el principal asesor de campaña de Lula, Duda Mendonça, en lugar de buscar una «cualidad» en su candidato como hacían los demás, insistiera por el contrario en lo que era menos específico en Lula. El eslogan «Lulinha, paz y amor» era un contradiscurso deliberado, aunque envuelto en un primer momento en cierto tono nacional-productivista, el único resto de la antigua carrera de Lula. Con José Alencar –un exitoso hombre de negocios y, al igual que Lula, de origen humilde– como candidato a la vicepresidencia, aquella campaña *despetizada* sumó al inmigrante del noreste a un patán de Minas Gerais, envueltos ambos en un aura de inefable benevolencia; el «camino de Garanhuns», una misión milagrosa para salvar a un país sin esperanza⁷. Cabe pensar que hasta los medios empresariales, agentes clave de la época de la indeterminación, creían todavía al comienzo de la cam-

⁴ Véase Marcio Pochmann, *A década dos mitos. O novo modelo econômico e a crise do trabalho no Brasil*, São Paulo, 2001.

⁵ Véanse Cibele Rizek y Leonardo Mello e Silva, *Relatório do subprojeto «Trabalho e quali.cação no complexo químico paulista»*, mimeografiado; Leonardo Mello e Silva, *Trabalho em grupo e sociabilidade privada*, São Paulo, 2004; Milena Bendazzoli, «O consenso dos inocentes», tesis en la Universidad de São Paulo, 2003.

⁶ Esas cifras del Departamento Intersindical de Estatística e Estudos Socioeconômicos (DIEESE) incluyen no sólo el desempleo oficial sino también el oculto, así como la llamada «tasa de desaliento», es decir, la de aquéllos que han renunciado a seguir buscando un empleo.

⁷ Garanhuns: ciudad natal de Lula en el estado de Pernambuco, en el noreste del país.

paña que seguían vigentes las antiguas líneas ideológicas y políticas de clase. Hasta que no conocieron por las encuestas previas de intención de voto las escasas posibilidades electorales, los demás candidatos no iniciaron sus tratos con Lula. El conglomerado de medios de comunicación de *O Globo*, en particular, con su considerable deuda externa, cambió de posición, y el día después de las elecciones emitió un zalamero informe sobre la trayectoria que había llevado a aquel chico pobre hasta el palacio presidencial.

Se dice que el momento decisivo para el PT llegó en el Novotel São Paulo, a orillas del contaminado río Tietê, donde Lula leyó a la prensa la «Carta al pueblo brasileño» o Capitulaciones de Julio, haciendo saber a la clase empresarial y a las instituciones financieras globales su intención de respetar –en realidad, de sobrepasar– todos los compromisos del gobierno de Cardoso. Aquel mensaje fue confirmado por el nombramiento como ministro de Hacienda de Antonio Palocci, un *petista* convertido al neoliberalismo desde sus días como prefecto de Estado de Ribeirão Preto, y de Henrique Meirelles –un expresidente del Banco de Boston que se había presentado en la lista del PSDB–, como presidente del Banco Central⁸. Además de Palocci, el núcleo dirigente incluía a José Dirceu, antiguo presidente del PT e impulsor real de su giro programático; Luiz Gushiken, nombrado ministro de Comunicaciones; y José Genoíno, el presidente del PT que ahora compite –con la ventaja de la retórica y aura del ex guerrillero– con el ala derecha de la derecha brasileña. Los demás ministerios, en su mayoría, carecían de importancia. Los socios de coalición del PT indicaron los puestos que querían y los demás fueron repartidos como premios de consolación a viejos amigos a los que les había ido mal en las elecciones a gobernadores de Estado. Notorios hombres de negocios –so capa de «representantes de la sociedad civil»– recibieron ministerios adecuados a sus áreas de interés y nivel exportador. La ausencia de intelectuales de peso en el gobierno de Lula –en contraste con el de Cardoso y pese a la rica tradición de intelectuales de izquierda en Brasil– muestra el monopolio descarado de la estrategia por la *nomenklatura* del partido.

Quizá sólo Lula y sus asesores de marketing creyeron que podría cambiar de estilo como lo hizo, precisamente porque la capacidad de veto de su vieja base obrera se había reducido a casi nada; pero el giro sólo fue posible gracias a un gran carisma, personificado en Lula pero que de hecho se extendía a todo el Partido dos Trabalhadores, que había desempeñado un papel tan decisivo en la oposición a la dictadura militar a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980 y había sido una de las principales referencias para el amplio movimiento que luchaba por reinven-

⁸ En agosto de 2004 Lula le confirió el estatus ministerial a Henrique Meirelles, con lo que a partir de entonces sólo podía ser juzgado por el Tribunal Supremo Federal, incluso después de haber dejado el gobierno.

tar la política brasileña en los prolegómenos de 1984. Sin embargo, con la llegada del PT al gobierno el carisma de Lula actuó como un poderoso anestésico, provocando la inmediata parálisis de prácticamente todos los movimientos sociales surgidos durante la presidencia de Cardoso, siendo el Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST) uno de los pocos que sobrevivieron. Lula también actuó rápidamente para sustituir a los dirigentes de la Central Única dos Trabalhadores (CUT), la antes poderosa federación de sindicatos cuyos líderes habían fundado el PT. João Felício, secretario del sindicato de enseñantes –uno de los mayores de la CUT– e inflexiblemente opuesto a la reforma de las pensiones en el sector público, fue «invitado» a dimitir como presidente de la CUT⁸, y Lula nombró al antiguo líder metalúrgico Luiz Marinho en su lugar; la Unión de Metalúrgicos, muy debilitada por la reestructuración, contaba ahora con poco peso real. Dos antiguos trabajadores bancarios, Luiz Gushiken y Ricardo Berzoini, ocuparon también importantes puestos en el gobierno, el segundo como responsable de la reforma de las pensiones; pero en realidad estaban en él como miembros de la «nueva clase», no como ex funcionarios. La mayor paradoja es que la CUT, creada para combatir el sindicalismo amarillo bajo la dictadura, se ha transformado bajo el gobierno de Lula en una correa de transmisión de los planes neoliberales.

El precio de la financiarización

La reconstrucción del sistema de poder por Lula, tras la vertiginosa descomposición que había llevado a su propia elección, se engranó en torno a un nuevo e intenso viraje orientado desde el exterior hacia la financiarización y el crecimiento inducido por las exportaciones, con nuevas relaciones de dominación poderosamente sobredeterminadas por el capital globalizado. A la cabeza de las exportaciones se hallaba el creciente sector de los agronegocios. Los restantes sectores exportadores corresponden, con pocas excepciones, a artículos de poco valor añadido, con escasa capacidad para establecer fuertes relaciones interindustriales o procesos de crecimiento autosostenido a escala nacional. Estos sectores apenas cuentan con medios para ensamblar amplios intereses sociales y en general tienden a una gran concentración de riqueza como es el caso de los agronegocios, basados en una mano de obra expropiada⁹.

En la economía semiperiférica de Brasil la capitalización siempre ha estado estrechamente ligada al Estado. La financiarización, en su último avatar, también ha dependido del capital vinculado con el Estado, a través de

⁸ João Felício volvió a hacerse cargo de la presidencia de la CUT en agosto de 2005 y en octubre fue elegido secretario sindical nacional del PT; en junio de 2006 volvió a ceder la presidencia de la CUT a otro hombre próximo a Lula, Artur Henrique da Silva Santos, pasando a la Secretaría de Relaciones Internacionales. *[N. del T.]*

⁹ Petrobras, importante empresa exportadora, constituye una excepción parcial a esa regla, aunque sus fuertes lazos con la industria nacional se deben a su carácter estatal.

los fondos de pensiones de las empresas del sector público, fomentados por la dictadura militar como una forma de seguro privado de bienestar a partir del modelo de la Caixa de Previdência dos Funcionários do Banco do Brasil (PREVI). La Constitución de 1988 culminó esa idea con la creación del Fundo de Amparo ao Trabalhador (FAT), que ahora es el principal contribuyente al Banco Nacional de Desenvolvimento Econômico e Social (BNDES). Últimamente se intenta atraer más inversiones extranjeras mediante nuevos instrumentos financieros que cuentan como respaldo con los fondos de pensiones y un sistema bancario que depende en gran medida de las transacciones con bonos del Estado. En último término, esa dependencia de los flujos de capital extranjero no puede sino profundizar la crisis del neoliberalismo periférico. Como decía el propio Cardoso, durante cuya presidencia la deuda nacional se decuplicó, «no es el gobierno el que controla la deuda, sino la deuda la que controla el gobierno»¹⁰. La política de financiación externa lleva a un aumento exponencial de la carga de la deuda, poniendo trabas a la acumulación de capital. También funciona como un poderoso mecanismo para la concentración de rentas en el sistema financiero. Bajo el gobierno del Partido dos Trabalhadores los beneficios de los bancos han crecido hasta niveles inconcebibles.

Las principales leyes del gobierno de Lula han estado relacionadas con la aceleración de la financiarización. La reforma de las pensiones de 2004, que provocó la expulsión del partido de Heloísa Helena y otros, fue la primera victoria con el PT de la nueva clase gestora de los fondos de inversión, marcando un importante giro de los planes de pensiones desde el modelo de beneficio definido a los de contribución definida¹¹. Los elevadísimos tipos de interés, como hemos dicho, han proporcionado enormes beneficios a los bancos; pero las finanzas no se han demostrado capaces de impulsar una nueva oleada de acumulación de capital que abarque a la mayoría de los intereses de la burguesía nacional. En último término, los beneficios financieros como el pago de intereses van en detrimento de la rentabilidad del sector de producción de bienes y constituyen una transferencia de renta hacia el sistema financiero desde otros sectores de la propia elite empresarial; al elevar los costes empresariales imponen una penalización a los salarios reales, lo que normalmente lleva a una disminución de las actividades o a un aumento de la tasa de explotación de los trabajadores.

La política de bienestar social-liberal de Lula, también prolongación de la de Cardoso, es la contrapartida de esta prolongada liquidación, bajo la supervisión del PT, del sector industrial y de la clase obrera empleada en él.

¹⁰ Véase *Primeira Leitura* 29 (julio 2004), pp. 20-37. El déficit brasileño estaba apenas por encima de los 60 millardos de reales en 1994, cuando resultó elegido Cardoso; cuando abandonó la presidencia en 2002 superaba los 623 milardos de reales.

¹¹ Véase Leda Paulani, «Sem esperança de ser país: o governo Lula, 18 meses depois», en João Sicsú, Luiz Fernando de Paula, Renaut Michel (eds.), *Novo desenvolvimentismo. Um projeto nacional de crescimento com equidade social*, São Paulo, 2004.

Iniciada con el plan *Fome Zero* –hambre cero–, se multiplicó bajo diversos nombres hasta quedar unificada en la omnicompreensiva Bolsa Família. En este momento más de once millones de familias reciben dádivas de esa *Bolsa*, hasta un máximo de 95 reales (alrededor de 40 dólares) mensuales por familia. La *Bolsa*, de la que se retira una cantidad proporcional si se encuentra trabajo pagado, cierra el círculo vicioso de la pobreza bloqueando la posibilidad de una política de desarrollo nacional capaz de incorporar a todos los brasileños. En realidad se trata de una política que funcionaliza la pobreza, con un efecto electoral adicional: para seguir registrado en la Bolsa Família u otros subsidios estatales es necesario cumplir el requerimiento legal del voto. Como todo el mundo observó, el apoyo a Lula en 2006 se ha beneficiado de los *bolsões*.

Mensualidades y otros sobornos

A casi nadie puede sorprender que el gobierno de Lula prolongara y profundizara los planes de financiarización neoliberal de Cardoso. Mucho más inopinada ha sido la pérdida del patrimonio ético del PT, dado que ha aparecido como protagonista de una serie de escándalos de corrupción que han sacudido la política brasileña durante los dos últimos años. Que tuvieran un efecto tan limitado sobre la economía dice mucho de la irrelevancia de su política. A lo largo de 2005 la mayor parte los «líderes fundamentales» agrupados en torno a Lula se han visto implicados en ellos. José Dirceu, el tesorero del PT Delúbio Soares y José Genoíno tuvieron que dimitir después de que el diputado del PT Roberto Jefferson revelara en junio de 2005 que los funcionarios del PT venían sobornando a los congresistas con 30.000 reales (12.675 dólares) al mes para que votaran con el gobierno, y de que un ayudante del hermano de Genoíno fuera descubierto con 100.000 dólares en efectivo en su ropa interior y 200.000 reales (85.000 dólares) en un maletín. En julio de 2005 Gushiken fue destituido de su ministerio por conceder lucrativos contratos del Estado a sus antiguos socios. En agosto de 2005 Antonio Palocci fue acusado de recolectar cuotas de 50.000 reales al mes de las empresas de recogida de basuras cuando era prefecto de Ribeirão Preto; dimitió en marzo de 2006, tras tratar de difamar a un testigo que dijo haber visto que en su residencia ministerial junto al lago Paranoá cambiaban de mano maletas llenas de dinero en efectivo. A primeros de septiembre de 2006 se descubrió a trabajadores del PT que trataban de obtener, a cambio de 1,7 millones de reales (800.000 dólares) en efectivo, un dossier contra José Serra, candidato del PSDB al puesto de gobernador de São Paulo.

La respuesta del presidente, aparentando creer vivir en el mejor de los mundos posibles, fue decir que «todos lo hacen» y que no se había llegado a demostrar nada. Sabemos ahora que el panglosianismo de Lula es sólo superficial y que desde sus días de sindicalista está acostumbrado a las peores prácticas de la cultura política brasileña «tradicional». Como consecuencia de la vertiginosa desigualdad social del país, la modernización

de las relaciones sociales sólo ha servido para poner al día ese patrimonialismo, sin intentar siquiera erradicarlo. ¿Y cómo llegó el PT –creado con la intención de regenerar el sistema de partidos políticos brasileño– a convertirse en capataz de una corrupción tan gansteril y antirrepublicana? El modelo del ornitorrinco, aun sin llegar a anticipar los escándalos de 2005 y 2006, permite explicar en parte esos acontecimientos.

La descarada corrupción de PT no es tan sorprendente si se tiene en cuenta el control de importantes fondos de pensiones por los dirigentes sindicales y del partido. El enorme peso de esos fondos en el sistema financiero brasileño abrió la vía a la lucha gansteril entre diversos grupos económicos que contienden por sus «favores». Durante la década de 1990 la PREVI trabajó de la mano con el consorcio que finalmente ganó el concurso para la privatización de la compañía minera del Vale do Rio Doce. Esos promiscuos contactos entre los sectores público y privado han proliferado con Lula; las funciones del gobierno suponen un contacto diario con el mundo de los negocios que lo expone a todo tipo de corrupciones¹². La «nueva clase» que dirige las gigantescas empresas estatales se rozaba complacida con el núcleo de la gran burguesía globalizada: el BNDES es el mayor banco de desarrollo del mundo; Petrobras es la mayor compañía petrolera de América Latina; el Banco do Brasil es mayor que cualquier otro del sector privado.

Así pues, no fue como un relámpago caído de improviso de un cielo sereno, aunque lo que no se podía predecir era la profundidad del lodazal ético en el que se ha sumido el PT. La bola de nieve se inició con una serie de pequeños escándalos en las prefecturas, la transformación de los cuadros en directores de fondos de pensiones y la intensiva burocratización del partido. Parafraseando a Gibbon: si el declive del PT fue un largo proceso, su caída fue un movimiento repentino, consumado al llegar al poder. La estilográfica que nombra a 20.000 funcionarios –piénsese que el presidente de la République Française sólo nombra a 300– es un importante factor de la corrupción que transformó a los militantes en funcionarios. El partido se convirtió en correa de transmisión del gobierno, y «todo lo establecido se desmoronaba convirtiéndose en empleos para los chicos»¹³. La gran mayoría de esos puestos y funciones van acompañados de salarios varias veces superiores a la media brasileña, y los «ma-

¹² En julio de 2004 los periódicos informaron de que la compañía Kroll se había dedicado al espionaje por cuenta de los accionistas de Brasil Telecom, en comandita con la compañía de gestión de activos Opportunity Asset Management, de Daniel Valente Dantas (bajo la que actuaba el grupo bancario multinacional Citibank [*N. del T.*]). Aquel escándalo reveló el papel de la «nueva clase» en el sistema financiero brasileño. El ministro Gushiken justificó su intervención en el asunto y la protección otorgada a Dantas diciendo que los fondos de pensiones estaban obligados a defender los intereses de sus accionistas. Pero no aludió en ningún momento a los trabajadores. *Folha de São Paulo* (22-25 julio 2004).

¹³ Véase mi artículo «Tudo que é sólido se desmancha em cargos», *Folha de São Paulo*, 14 de diciembre de 2003.

harajas» de las grandes empresas estatales tienen ingresos treinta veces por encima del salario mínimo. No fue pues el partido el que se apoderó del aparato del Estado, sino que el Estado se apoderó del partido.

Condiciones para la hegemonía

El resultado es una prolongación *ad infinitum* de la «vía pasiva» brasileña y una nueva demora de las posibilidades de transformación social. Paradójicamente, fue durante la «época de los inventos» cuando el PT y los movimientos sociales vinculados a él estuvieron más cerca de ofrecer al país una dirección moral potencialmente hegemónica en sentido gramsciano. Sus consignas se ampliaron desde la generalización de los conflictos sociales a la reivindicación de derechos civiles, ampliando la noción de ciudadanía; desde la condena del patrimonialismo al control popular sobre el gasto público y la supervisión de los asuntos de Estado. En resumen, una renovación republicana sin precedentes en Brasil. Hasta un gobierno tan neoliberal como el de Cardoso tuvo que hacer algunas concesiones a esas demandas.

¿Se puede todavía pensar en tal proyecto nacional hegemónico en las actuales condiciones de desigualdad? En 2003-2004 el número de millonarios aumentó un 6 por 100, mientras que la economía se contrajo un 0,3 por 100. Cualquier experiencia común del espacio público se convierte en ilusoria por el abismo casi infinito entre las clases. Por un lado, el mundo de las escuelas de elite y los hospitales de referencia; más de doscientos helipuertos que hacen preciso el control del tráfico aéreo en São Paulo; y policías privadas cuyo contingente excede al de las fuerzas estatales. Por otro, la implacable lucha por la supervivencia en las *favelas* de las grandes ciudades o en el campo empobrecido del noreste. Durante los últimos años la posibilidad de igualdad material se ha alejado tanto que apenas se puede pensar dentro del orden simbólico. La respuesta desde abajo ha sido el aumento exponencial de la delincuencia violenta; lo que resulta negado por la imposibilidad de la igualdad se intenta obtener mediante el crimen¹⁴.

En el contexto de la aterradora desigualdad existente en Brasil, sometido al incesante bombardeo de la privatización neoliberal, la desregulación y

¹⁴ En 2006 São Paulo, la mayor ciudad del país, quedó paralizada por orden del Primeiro Comando da Capital, un organización criminal muy arraigada en las prisiones cuyo resurgimiento dio lugar a ciento cincuenta asesinatos. El Estado ha respondido con programas típicos del círculo vicioso de la pobreza –principalmente la Bolsa Família–, argumentando que el PCC y la criminalidad en general se deben a la pobreza y la favelización. Pero lo ilegal en una democracia –no jurídicamente, por supuesto, sino en el sentido de que tales niveles de pobreza constituyen un asalto a la ciudadanía de los pobres– son más bien las propias *favelas*. El PCC y otros se nutren de esa ilegalidad, aprovechándose de ella y ejerciendo el terror contra los pobres, empleando a los niños como *aviadores* (traficantes) u *olheiros* (informadores) e imponiendo su *omertá* a los residentes en las *favelas*.

los ataques a los derechos, la competencia no ha generado un individualismo democratizador, sino una intensificación de la barbarie, que ahora se está convirtiendo en criminalidad política. Incidentes que no se han clarificado del todo hasta ahora, como el asesinato de Celso Daniel, alcalde de Santo André, y de Antônio da Costa Santos, alcalde de Campinas, dejan en el aire la sospecha de que militantes –o incluso dirigentes– del PT estuvieran implicados en esas fechorías que el PT calificó inmediata y definitivamente como «delincuencia común». Los familiares de las víctimas siempre han mantenido que se trató de asesinatos políticos y la Fiscalía del Estado está llevando a cabo investigaciones siguiendo esa misma línea. El gansterismo de partido, conocido desde hace mucho tiempo en otros países de América Latina, se está haciendo endémico en la escena brasileña.

Se necesita una fría evaluación de las nuevas formaciones que emergen del naufragio neoliberal de las relaciones de clase existentes. Con la descomposición de la clase obrera organizada, la política se ha convertido en un campo privado de fuerzas burguesas entre las que hay que incluir a la «nueva clase» de los directores de fondos de inversión. Pero este estrato es incapaz de ofrecer una solución coherente a los problemas que genera el modelo neoliberal en la periferia capaz de incorporar a fuerzas capitalistas excluidas de los grandes beneficios derivados de la exportación y la financiarización. En ausencia de tal solución y sin presión desde abajo, el PT no ha respondido con un reto contrahegemónico sino con una combinación de un programa neopopulista con la estatización generalizada de sus propios cuadros, al tiempo que la ocupación de puestos gubernamentales le ha abierto un acceso directo a los fondos públicos.

El petismolulismo

El estilo presidencial de Lula se ha caracterizado por un neopopulismo que cortocircuita el proceso político desbordando incluso a su propio partido. El presidente se lanza cada día ardorosamente a nuevas actividades, anunciando constantemente nuevos programas y proyectos sociales que apenas superan lo virtual, pero con los que pretende mostrar que está haciendo algo y simula su liderazgo político. Los medios de comunicación le ofrecen una ayuda inestimable concediéndole espacios cada día, incluso varias veces al día, lo que por otra parte hace casi imposible, dado su carácter voluble, cogerlo en un renuncio, puesto que en su siguiente aparición ya está hablando de otra cosa. En algunos aspectos el *petismolulismo* representa un populismo mucho más puro –la negación de una política basada en la clase organizada– que los ejemplos clásicos de Vargas, Perón y Cárdenas. Éstos representaban, cada uno a su modo, formas autoritarias de inclusión de la clase obrera en la política, trastocando el esquema del subdesarrollo latinoamericano tradicional; su base material consistía precisamente en el aumento del número de asalariados, y en particular de los obreros industriales. El neopopulismo actual no repre-

senta esa inclusión autoritaria, sino la exclusión «democrática» de esas clases de la política.

No se trata de un fenómeno exclusivamente brasileño, ni tiene un origen ideológico; el mismo fenómeno se está produciendo igualmente en Argentina y Venezuela. Es función de la descomposición de la clase obrera, sobre todo de su bloque industrial. Kirchner fue elegido sin el apoyo de la base obrera peronista tradicional, después de la devastadora desindustrialización de Martínez de Hoz (ministro de Economía con Videla entre 1976 y 1981) a la que siguió la interiorización de la globalización por Menem. Tras el hundimiento financiero de 2001, el protagonista principal de la política argentina era la masa difusa de los desempleados y los *piqueteros*. En Venezuela los muy organizados trabajadores del petróleo, muy pocos numéricamente, estaban aliados al gran capital que gravita en torno a la industria petrolera. Chávez ha recurrido al *bolivarianismo* para cimentar lo que ya no es una clase social¹⁵. En ambos casos el sistema ha sufrido una crisis política, y sobre todo económica, mucho más catastrófica que la brasileña, donde lo que ha tenido lugar ha sido esencialmente un desplazamiento en el equilibrio de poder dentro de la elite empresarial, más que una ruptura. Sin embargo, se podría decir que Chávez y Kirchner están intentando a su modo aprovechar la indeterminación provocada por la crisis económica y la descomposición política para vadear el Rubicón, que es justamente lo contrario de lo que ha hecho Lula.

Las consecuencias de la capitulación del PT han repercutido mucho más allá de Brasil. Un proyecto democrático y republicano con cierto sesgo socialista emprendido por el gobierno de Lula habría marcado un punto de inflexión decisivo para Latinoamérica, ofreciendo la posibilidad de escapar del atolladero neoliberal y de la posición subordinada del continente dentro del orden capitalista globalizado. Pero el gobierno de Lula no sólo se ha rendido al imperio y al dólar; siguiendo la peor tradición del patrimonialismo brasileño, el PT ha ocupado cada rincón del Estado con sus cuadros, incluida la gestión de empresas estatales y paraestatales como los fondos de pensiones; prácticamente las únicas excepciones han sido los puestos clave del Banco Central y el Banco do Brasil. Pero aunque parezca una ocupación incondicional del Estado por el partido, al mirar más de cerca lo que se ve es lo contrario: el partido se está disolviendo en el Estado, en el sentido de que las tareas, obligaciones y razones de Estado se han impuesto sobre las funciones del partido. En cierta medida es una consecuencia inevitable del hecho de que el partido, que creció desafiando el orden dominante, al llegar al gobierno se haya dedicado prioritariamente a la preservación de ese orden. La consecuencia es la sustitución de

¹⁵ Chávez declaró, al parecer: «No creo en los postulados de la revolución marxista. No acepto que estemos viviendo en un período de revoluciones proletarias. La realidad nos lo demuestra cada día». Lo que dice con eso es que en Venezuela no hay una clase obrera capaz de protagonizar la revolución en el sentido marxista clásico. Tariq Ali, «Chávez dá esperança aos pobres», *Folha de São Paulo* (18 agosto 2004).

la política por la administración, creando un contexto que acaba por prescindir de la primera, esto es, de cualquier posibilidad de disenso, selección, elección entre un conjunto dado de determinaciones. La compra directa de los legisladores no es sino el corolario lógico.

Pero la estatización del PT tiene una importancia que va más allá del fracaso de su proyecto hegemónico. El partido estatizado es la forma política dominante en la periferia capitalista; todos son partidos del Estado. El declive del PSDB al abandonar el gobierno demuestra ese mismo proceso. La oposición que ha tratado de ejercer ha sido anémica, carente de peso popular y del respaldo de la elite empresarial. La opción por un candidato presidencial tan incoloro y desilusionante como Geraldo Alckmin era sintomática de esa crisis. Pese a sus intensos esfuerzos por presentarse como el partido de la nueva burguesía globalizada, en la práctica el PSDB se limita a seguir la estela del gobierno.

La victoria electoral, en esas condiciones, anula completamente a la izquierda brasileña. Todas las críticas a las actuaciones o decisiones de Lula son denunciadas inmediatamente como procedentes de la «derecha», una táctica defensiva escasamente oportuna para un gobierno que depende del apoyo de elementos conservadores y neoconservadores del PMDB y del Partido Popular, como el diputado Jader Barbalho y el senador José Sarney. Ahora bien, aunque Globo TV ha sido relativamente amable con Lula, los principales periódicos, *Folha de São Paulo* y el *Estado de São Paulo*, han perseguido al gobierno del PT con un encarnizamiento que contribuye a la confusión entre las críticas desde la izquierda y las reacciones de los medios de comunicación dominantes del *establishment paulista*. Un rencor insensato complica aún más las relaciones entre la izquierda independiente y el PT.

El consentimiento de la elite

La descomposición de la base de clase, el neopopulismo surgido de esa misma disolución, una burguesía incapaz de unirse bajo el dominio del capital financiero, una «nueva clase» definida por su función inversora; todo esto parece apuntar a un nuevo paradigma. Podemos estar asistiendo a la construcción de una «hegemonía invertida» en la periferia, típica de la era de la globalización. Sudáfrica fue probablemente el primer anuncio de este fenómeno, en el que los oprimidos parecen asumir el liderazgo moral de la sociedad mientras las relaciones capitalistas se hacen aún más insolentes. Las clases dominadas de Sudáfrica, identificadas en gran medida con la población negra, derrotaron al *apartheid* –uno de los peores regímenes llevados a la práctica durante el siglo xx– y a continuación se rindieron al neoliberalismo, como testifican los atestados suburbios de Johannesburgo, con lo que el derrocamiento del *apartheid* mantuvo el mito de la capacidad popular para derrotar al adversario al tiempo que legitimaba la explotación sin trabas por el capitalismo más despiadado.

Algo de este tipo podría estar sucediendo en Brasil. El PT ofreció a Brasil un liderazgo moral durante la resistencia a la dictadura militar, poniendo en primer plano la cuestión de la pobreza y la desigualdad. La elección de Lula como presidente parecía señalar el final de los prejuicios de clases y la ampliación de la Bolsa Família se proclamó como una derrota de la pobreza, muy racializada en Brasil; esto también se podría entender como un golpe contra cierto tipo de *apartheid*. Pero la Bolsa Família sirve para despolitizar la cuestión de la pobreza, convirtiendo la desigualdad en un problema administrativo al tiempo que bloquea la posibilidad de cualquier proyecto nacional-desarrollista o de una transformación radical de las relaciones sociales. Si la Bolsa se ampliara significativamente –para lo cual sólo habría que reducir el superávit primario un 0,1 por 100–, los fundamentos de esa «hegemonía invertida» se consolidarían aún más.

Estamos ante un fenómeno diferente a otras formas anteriores de dominación. No se trata exactamente de patrimonialismo, ya que lo que controlan los gestores de los fondos de pensiones es capital-dinero. Tampoco es el paternalismo de la larga era de la esclavitud en Brasil, ya que Lula no es un patriarca, por mucho que le guste seguir el ejemplo de Getúlio Vargas al proclamarse «padre de los pobres»; pero lo que él y su clase supervisan es el capital. Por las razones señaladas anteriormente, el *petismolulismo* tampoco es una forma tradicional de populismo, como han insinuado los críticos de la derecha y algunos de la izquierda. Bajo este nuevo orden *parece* que dominan los dominados, ya que ejercen la «dirección moral» y de entre ellos sale el personal que gestiona las instituciones del Estado; *parece* que ellos son los capitalistas, ya que los fondos de pensiones de las grandes empresas estatales constituyen el núcleo del nuevo sistema financiero brasileño; *parece* que controlan la política, ya que predominan, o casi, en la Cámara de Diputados y el Senado; *parece* que por fin se ha conseguido estabilizar la economía y que Brasil dispone de una moneda fiable, gracias a las medidas tomadas por el gobierno de Lula.

Pero este conjunto de apariencias oculta algo para lo que todavía no tenemos un nombre. Los dominados llevan a cabo la «revolución moral» –derrota del *apartheid* en Sudáfrica, elección del Partido dos Trabalhadores en Brasil–, pero ésta se transforma y deforma a continuación, mediante la capitulación, en explotación sin trabas. Los términos de la ecuación gramsciana «fuerza más consentimiento igual a hegemonía» se han invertido: la «fuerza» ha desaparecido y la dirección del consentimiento es la opuesta, ya que ahora no son los dominados los que consienten su propia subordinación; son los dominantes los que consienten ser aparentemente «dirigidos» por representantes de los dominados... con tal que no cuestionen las relaciones capitalistas. Este nuevo paradigma puede llegar a ser muy útil para el capitalismo globalizado. Se trata de una revolución epistemológica ante la que palidecen todas las teorías políticas existentes.